

MAX JIMÉNEZ

EL JAUL

novela

M A X J I M É N E Z

EL
JAUL

novela



EDITORIAL NASCIMENTO
SANTIAGO 1937 CHILE

Q
863.6
761-y
JCE

10

JUL
EL

6684.

Núm. 1669

Impreso en los talleres de
la Editorial Nascimento
— Ahumada 125 —
Santiago de Chile, 1937.

E*N este libro no se significa ortográficamente cuando las palabras no están en el Diccionario académico.*

En Madrid me pidieron un escrito. Los demandantes me lo convirtieron—decían ellos— al estilo español. No bastó ante aquellos señores de mente estrecha mi aclaración enfática de que yo no era castellano, y mi nacimiento y vida en América, fuerzas ineludibles.

«El estilo se aprende en las ventas y en los caminos» y mis costarrriqueñismos

tienen su diccionario en la vida de mi patria.

Para mí, la sintaxis es la inflexión del pensamiento. La pérdida de esta libertad da la monotonía académica.

Es interesante cómo unos puntos y maneras de escribir han matado tantos espíritus.

Llamar las cosas por su nombre y verter con cierta exactitud el lenguaje del pueblo, serán bien tolerados por las gentes llamadas correctas, si se atiende a que en los libros el ambiente se forma con palabras. Mi libro no se produce en antessalas sino entre barriales y montaña.

M. J.

2.500 metros



EN donde las montañas buscan el cielo. Una constante llovizna baña los altos picos de los Andes, que aun resisten a la intemperie disolvente de los años.

La montaña se arruga en su maldición de desaparecer, lavada por las aguas incesantes, hasta convertirse en el ceño de las mujeres en pena. Las nubes pasan, enjugándole su trágica existencia.

La montaña día a día pierde cielo.

El gris, y el servir de limitación, dan

a las montañas formas de cuerpos acostados, fisonomías trágicas, tal vez de cuerpos que se mueren. Cuerpos y cuerpos que han muerto, que se desploman en el valle o que se tributan inevitablemente a las aguas.

El poder del paisaje es terrible.

— La carreta, cargada de trozas para el pueblo, venía dando tumbos, saltando de manea en manea y dando golpes de mazo sobre el yugo. El barro se hacía cada vez más profundo, más resbaloso, más movedizo. Las ruedas fueron hundiéndose hasta llegar al eje. Resbalaban las pezuñas dejando signos de dolor en el suelo, en el lodo perpetuo y de garras.

—Buey pendejo...

El buey gacho era falso. Pasó de mano a mano, de chuzo a chuzo, por falso. Chunguero, su actual dueño, lo había

adquirido a sabiendas. Ya él les había quitado muchas mañas a los bueyes. Con él no se jugaba.

—Buey pendejo. . .

Ya él sabía cómo jadean los bueyes. Ya él sabía que el gacho se le echaría en la cuesta.

Chunguero sacó media botella de guaro. Del que se destila a escondidas, en los bajillos, junto a las cascadas, que se lleva los olores del fermento y que despista a los guardas que cumplen con su deber: llevarse unas latas sucias— el cuerpo del delito— y meter preso al destilador de la montaña. Chunguero bebió algunos tragos de aquel líquido azulado, con olor a cobre oxidado, que cocina las gargantas, y sopló con fuerza su satisfacción. El vaho cobró el principal de sus valores. Los bueyes trasudaban su existencia y el sudor se

hacía humo en forma de sacrificio. Chunguero condensaba alcohol en sus soplidos. La neblina se hizo más densa y todo se unía a la esponja húmeda del paisaje.

Entre el hombre y el buey gacho se trabó el más íntimo de los contactos.

—Buey pendejo... Y Chunguero le clavó el chuzo en el pescuezo.

Y brotó una gota de sangre, rojo caliente, de una tradicional cobardía. Pero así era él, un buey pendejo. Así había nacido: flojo, flojo. Ya él sabía la tormenta que le esperaba. Sentía la enorme bestia que había en su amo, pero el origen es inexorable y él era así.

—Buey pendejo, buey pendejo... Y más chuzo y chuzo...

Los riachuelos, sucios por la constante llovizna, iban de huída. Monotonía

de soledad en las profundidades, de cascabeleo de serpientes, mudas como ellas cuando logra salir el sol.

Los jaulas detienen la llovizna y la dejan caer como revuelo de vestido.

Allí, más que en ninguna otra parte, la tierra parece decir que todo le pertenece. Los helechos y el montazal parecen abrirse en bocas para recibir la perpetua lluvia.

Unos tragos más de guaro. Ya el buey gacho parecía pedirle perdón al Creador sobre las rodillas delanteras, la boca llena de espuma y las narices aventando la vida.

—Buey pendejooo...

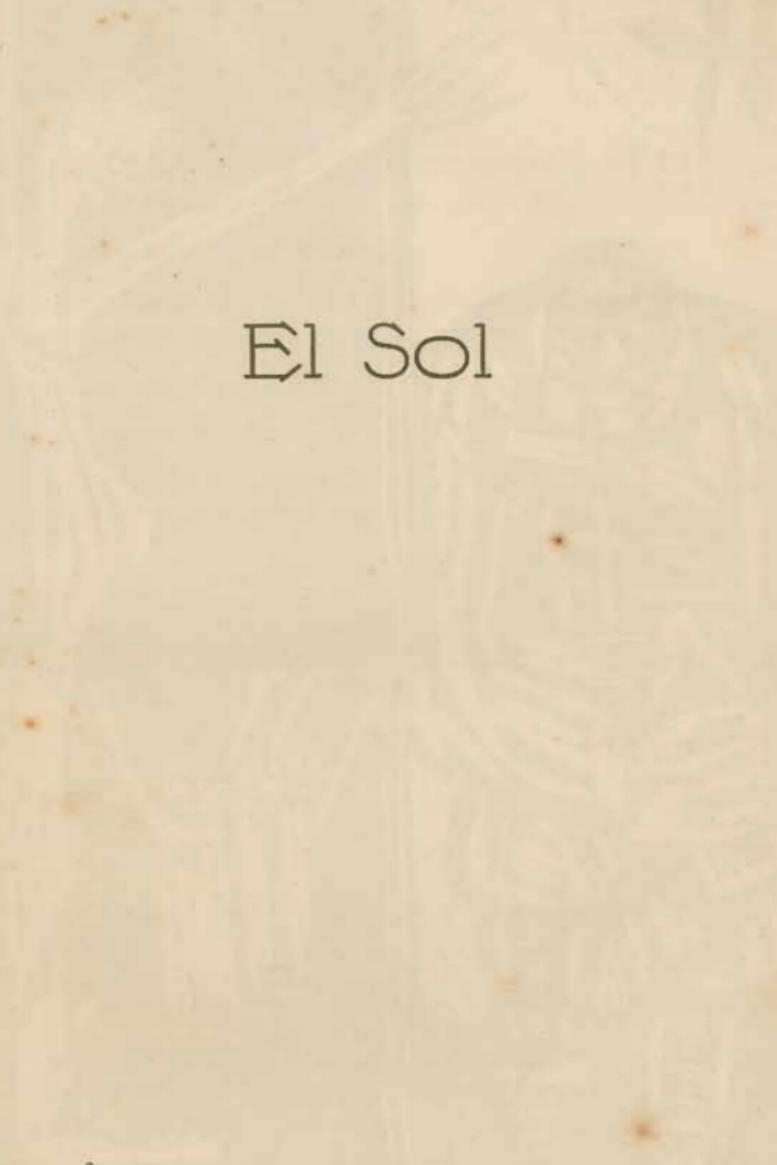
Chunguero, de un empujón, hizo temblar todo el apero. El guaro y la terrible contracción de los músculos no bastaron para levantar una carreta atascada.

La soledad de las alturas es espantosa. La neblina se satura del terror de un buey débil y de la mano pavorosa que empuña un chuzo.

—Buey pendejo... Y se lanzó a chuzazos contra el buey. En una de las lanzadas dió un tumbo, se rasgó el pellejo del buey y Chunguero fué a dar contra el «gacho». Se ensangrentó la cara y fué amable en la mejilla el frescor del lodo.

Un gran jadeo. El sudor reintegrándose al cielo.

Una soledad profunda. El canto de pájaros que predicen la muerte y un dormitar de la bestia que repetía: buey pendejo, buey pendejoo...

A faint, light-colored illustration in the background depicts a person standing and holding a long staff or bow horizontally across their body. The person is wearing a long, flowing garment. The illustration is centered on the page and serves as a background for the title.

El Sol



LA aurora es más aurora cuando el sol desnuda las tinieblas detrás de una montaña.

En aquel pueblo es imposible el amanecer sin las campanadas de la iglesia. El amanecer es como el atardecer, porque sus únicos destinos son la muerte. Nacimiento, vida y muerte tienen en aquel pueblo casi el mismo valor. La vecindad de la tierra hace más fácil la muerte. Allí no hay rebelión contra la muerte. No se trata del campesino que ama la tierra y que al mo-

rir se une a su madre la tierra. Se trata de un hombre blanco que no se ha integrado. Los indios, los verdaderos dueños, los que eran raíz de la montaña, huyeron a su fondos. La selva los acogió blandamente. Huyeron de unos invasores mil veces más bárbaros que ellos y cuyo único sostén, cuyo único motivo de vida es la maldad. No es una vileza adquirida: es una segunda naturaleza, es un empleo perverso de sus fuerzas. Allí el robo es un deporte.

Allí la aurora no parece tener el sentido de renovación. La lluvia detiene por un rato su perpetua caída y, a la sucesión de las campanadas, acuden unas viejas de pasito rápido, de pasito que sube pendientes, siempre dispuesto a saltar los barriales del camino.

El pasito de esas viejas es de cabeza cubierta, de cabeza inclinada, de toa-

lla negra, de párpados con visión lateral, que en el amanecer les dan el aspecto de fantasmas atareados. Van al templo en busca del perdón de su último chisme, que causó tanto daño. Van a buscar el perdón para empezar con alma clara el nuevo enredo del día.

Con la aurora, los lecheros empiezan a buscar el camino de la ciudad, con aire de montaña arrancada del sueño, cubiertos los cuellos con un retazo de cobija roja. Con el rocío sobre los tarros, de alba en nacimiento completo.

La leche es enteramente montañera, de vacas que se buscan el alimento entre los precipicios, aumentada con las aguas nacidas del llanto de los paredones.

Estas gentes de vida en cuatro tarros, bajan leche a la ciudad y suben guaro. Frecuentemente el caballo, de

un solo camino, llega al hogar sin el jinete, y la familia andrajosa llega al terrible conocimiento de que el tata está tirado en algún zanjón del camino, borracho y llamando a pleito a los transeúntes imaginarios.

En otras ocasiones, animados por las primeras copas, espolean el rucio, sacándole la poca sangre por los ijares, con la idea de convertir el rocín en un caballo de exhibición. Las consecuencias de un caballo que no responde al mal trato ni a los tirones de la brida, las paga la pobre mujer, compañera de fidelidad y resistencia aterradoras, que recibe todos los palos que le faltaron al caballo y que, generalmente, como las vacas, siempre están para dar a luz una nueva cría.

Y la panza, al marido lechero, es lo que más le llama la atención. Allí caen

las patadas. En algunos casos la mujer huye, tratando de salvar el fruto de su vientre, pero los ruegos del marido la vuelven como perra al hogar. Y se renuevan las patadas, sobre los líquidos de un vientre que sostiene una futura deformidad.

Entre los vendedores de leche de escrúpulos aun menores, existe un sistema de aumentar el caudal. Y hay lecheros que no compran leche ni tienen vacas, pero son vendedores de la secreción del hato del vecino. Antes de la madrugada buscan la leche de las vacas que la entregan sin mamanto, a las cuales se les ha muerto el ternero y que han transferido su afección maternal al vaquero. A veces les acercan el cuero del joven cadáver, montado sobre una burra, y la vaca afloja la ubre y tiempla los pezones. De tales vacas se

*Schwarz
Sabio!*

surten los ladrones lácteos, hasta que el propietario, casi tan miserable como el ladrón, los aguaita noche tras noche hasta dispararles un cartucho cargado con sal. En el pueblo señalan, comentan y ríen el andar torpe de un tal, ladrón de leche, que oculta bajo el pantalón mojado una llaga producida por la sal, difícilísima de curar.

Las vacas menos peligrosas son las del patroncito a quien la lluvia, casi perpetua, le impide la vigilancia nocturna personal y en tales casos, los lecheros generalmente pactan con los servidores.

La tranquilidad del pueblo es la más completa de las farsas. El templo y las casitas bajo la lluvia, los árboles que albergan el canto triste de los pájaros, las auroras, las noches de estrellas, el romance campesino, el arado, la yun-

ta, el río que se crece, el perro faldero, el mugir de las vacas, la gleba, son simples testigos de que la intriga es la más constante y la más sutil de las dedicaciones del pueblo, que solamente desea ver hundirse al vecino.

La sensualidad juega uno de los papeles más importantes y casi ninguna mujer, casi ninguna, se libra del noble calificativo de puta. → *naturalismo*

Tal despierta el alba en San Luis de los Jaules, que se roza con las nubes, de templo construído por tantos sacrificios de los fieles que le han dado una gran casa a Dios, al Dios que perdona, pero que viven en unos ranchos miserables, como guaridas de lobeznos empalados.

El Jaular



El Jaul

EL sol es como la loca de la leyenda, que todos los días se casaba, justamente porque no se casaba. Tal vez el sol alumbra todos los días un nuevo fracaso, al caminar hacia la muerte.

Jesús ascendió a los cielos llevándose el cuerpo, imitando al sol y a la luna. El sol hace crecer las plantas. La noche las duerme. Las plantas solamente crecen durante la luz. Las plantas crecen hacia la muerte.

El hombre de la carreta, Juan Chun-

guero, llegó a la máquina al mediodía. Ya la lluvia había entonado su canto furibundo. Tras una luz que pretendió secar la tierra, se deshizo el cielo en agua.

Chunguero llegó con el aspecto de un resucitado, con su carga de jaules. La cara abotargada, como ahogado de tres días, los ojos pequeñitos, la piel muy blanca. La gente de ese pueblo es muy blanca. Esta es la tragedia de ese pueblo de San Luis de los Jaules. Que son muy blancos. Gentes muy blancas encaramadas en el pico de una montaña, que desterraron a unos hombres que probablemente eran como las pocas aves que aun quedan: hombres pequeños, huesudos, de carnes de bejuco, de caras sombrías; hombres que creían en dioses, no por el perdón del pecado, sino por la necesidad de algo superior;

hombrecillos a quienes guiaba el canto de las aves y la forma de los árboles, hermanos todos, con igual derecho a la vida de la montaña; hombres que se enterraban con los atavíos que les habían ayudado a sustentar la vida, con las únicas y nobles leyes que les dictaba la naturaleza; que se emborrachaban con los granos del maíz que fermentaban en las tinajas, a los cuales les nacían raíces como cabellos y cuyo jefe era el que aguantaba a beber más chicha.

Y ahora, una raza blanca, degenerada, haciendo una vida de intemperie que tan mal resiste. Una raza blanca desintegrada del paisaje. Una raza blanca, en donde todo tiene el color de la corteza de los árboles; en donde los ríos se ponen de color de chocolate cuando llueve en el monte; en donde

las pajuilas, la única caza, son de plumaje azul profundo. Una raza que come un pan blanco de graneros extraños, un pan refinado de alimento pobrísimo, y que cada día se aparta más del maíz. Unas gentes que no saben que el maíz es muy digno de adorarse, como lo adoraban los indios; cuyas mazorcas están formadas como de dientes humanos, con cabelleras y con flores como estrellas, y cuyo fermento da el olvido del tiempo, por el conocimiento de la vida.

Una raza de injerto sin familia, sobre pie falso, como el árbol del jaul, que fué importado, una especie de álamo que se ha aclimatado en esas alturas de perpetua niebla.

Chunguero descargó unas varas de ese árbol solitario, trágico, tan parecido a los habitantes de San Luis de los

Jaules. Arbol de una sola vara central, que se reproduce desprendiendo sus semillas por los ríos y que se usa en los andamios por estar habituado a resistir las más terribles intemperies y los vendavales de las cimas.

El jaul crece rápidamente. Por eso su madera es barata. Parece ser malo crecer rápidamente. El jaul, por su precio bajo y su calidad inferior, se emplea para la fabricación de ataúdes.

La madera serviría para la construcción de unos galerones, destinados al turno del primer Domingo de Gloria. En los turnos se juega a los sietes; a un tal Panchito mecánico que escoge su número; a la rotación de una palan-gana; a ruletas primitivas y a otros juegos bastante inocentes, en que siempre gana la Iglesia, la Casa del Señor. Tales juegos son ilícitos a particulares.



pero no en beneficio del Creador del universo. Se venden pollos que en toda su vida fueron flacos y tamales de profundidades engañosas. También se rifan toros, vacas que por algún defecto se regalan al templo y uno que otro cerdo de temperamento fruñón, difíciles de engordar y que convierten todo paseo en viaje hacia la muerte. En muchas ocasiones pasan las yuntas con billetes de banco en los cuernos y el sacerdote los bendice, mientras sus ayudantes recogen las ofrendas. Y dentro de toda esta beatífica fiesta, un poco de guaro, que es mucho guaro.

El Chunguero, después de descargar su futuro de fiesta, se fué a su rancho, en donde no infundía miedo: jaguar entre sus cachorros. El Chunguero quería a aquellos desgraciados que había traído al mundo, con el profundo

egoísmo de la bestia que se siente fielmente reproducida.

El Chunguero se tendió a dormir, como sus varas, con el mismo sentido del árbol que se tala, soplando por los labios, con ritmo de paso de buey, la tragedia de la montaña. Desde el rancho se escuchaba la monotonía del aserradero primitivo. Ellos lo llamaban la máquina: el agua, desviada del río por una presa, que se pierde cada vez al crecer las aguas, cae sobre una rueda inmensa. El peso del agua la mueve y una cuchilla vertical raja los corazones de los árboles, con tal independencia que da tablas de desastrosa irregularidad.

La caída de la sierra, como un hipnótico, profundizaba el sueño del Chunguero. También la sierra terminaba por dormirse.

Mañana del
Viernes Santo



CORRIAN las once de la mañana del Viernes Santo.

Un Viernes Santo infantil. La lluvia había suspendido su costumbre. Hizo un alto para que el juicio de Nuestro Señor se efectuara con su completa pompa y tristeza.

Las matracas en el atrio, con su martilleo de madera, y el incienso que salía de las naves con el murmullo de las oraciones, anunciaban la salida de la procesión.

Los hombres esperaban en la pulpe-

ría de la esquina para reunirse al cortejo. Allí estaba el tata del Chunguero, ñor Sebastián, una reencarnación de Don Quijote, blanco, de ojos azules.

La procesión se acompañó con las matracas, las oraciones y el humo. Los santos en sus andas se balanceaban blandamente. La Verónica y la Magdalena contraían el ceño. El viento ondulaba los árboles de la plazoleta. Unos hombres, los centuriones, con escopetas herrumbradas y con unas cuerdas que partían de la cintura de Jesús, ponían caras feroces.

Ñor Santiago llamó a su hijo:

—Chunguero, ¿no ves eso?

—Sí, tata. (Bien se entendían).

—Búscate a los otros.

Y se tomaron un guaro.

El Chunguero llamó a sus hermanos.

Eran seis. Seis borrachos.

Al pasar la procesión frente a la pulpería, ñor Santiago, con gesto firme, bajo, dijo:

—Dejen a Jesús. Nada les ha hecho.

Uno de sus amigos que seguía la procesión le agregó:

—No jodás. Deja la procesión que-
dita. No ves que ese Jesús es de palo.

—Que dejen a Jesús. Vos sos el que
estás jodiendo... Y de una terrible
trompada derribó al amigo.

El santo sacerdote, que frecuentemente tenía que hacer de bravo, gritó con un acento español.

—No se apendejen, — y levantándose la sotana y los atavíos, agregó.—Yo también tengo pantalones. Vean, cobardes... Y le metió al primer hijo de ñor Santiago.

Perdiguero

El perdiguero que vió aquello, le rajó la cabeza a uno con el guión.

La Magdalena fué a dar contra un barrial y gritaba por no poder soltarse de un palo al cual la habían amarrado para que no se cayera. Y hasta hubo quien conservara la serenidad y lograra ver partes pecaminosas en aquella humilde servidora del señor volcado.

La cabeza de San Juan rodó por la zanja y parecía destilar nuevos lagrimones.

San Pedro perdió las llaves y, al rompersele la túnica, se vió que le faltaba el cuerpo.

Al ruido de los golpes y las voces del sacerdote que se vió obligado a invocar a Satanás, llegó la policía del pueblo, amparada por los refuerzos que en tales ocasiones era costumbre enviar de la ciudad, porque en San Luis de los

Jaules la Semana Santa siempre era peligrosa.

La policía sacó las crucetas y a cincha,—la cruceta empleada de plano—logró meter en un cuarto que llamaban cárcel a ñor Santiago con sus críos.

Y un hijo:

—Ves, tata. Siempre salimos mal. Siempre nos zampan en la chirona.

—Sí, pero Dios nos lo tiene en cuenta.

Las nubes empezaron a formar sus cúmulos. El sol cerró el ojo. El tiempo tornó a su gris.

Costó gran trabajo restablecer las imágenes para la procesión de la tarde, la de las tres, la hora de la muerte. San Pedro tuvo que salir sin una mano y la Magdalena con un cardenal en la frente. El pueblo creía que aquello era

un castigo merecido, por que la verdad era que aquella Magdalena, por sus costumbres, encarnaba demasiado bien a la Magdalena.

El cielo no pudo contenerse más y soltó el llanto. La procesión del Santo Muerto perdió el ritmo y lo adquirió de barro: un chapaleo de plantas de pies. Huellas que se cerraban inmediatamente, hundiendo en la tierra la oración.

En la mañana siguiente, cuando fueron a abrirles a ñor Santiago y a sus hijos para que rindieran sus declaraciones ante la autoridad, desde luego ya no estaban en la celda.

Ñor Santiago



ERA un espantapájaros sin trigal, fabricado del bejuco de las montañas. Ojos azules. Blanco, muy blanco. Y hablaba terminantemente, desde todo el fondo de su cuerpo.

Hay hombres que hacen milagros, que son milagrosos. Ñor Santiago era casi milagroso y el pueblo lo veía con el misterio de las estatuas de las tumbas.

Su costumbre era bajar desde el rancho al pueblo chapoteando barro y

marcando en la lentitud y seguridad de cada pisada que él, entre los hombres, era muy hombre. Después de comprado el diario encendía su farolillo y, mitad farol, mitad crepúsculo, tomaba el camino de la casa. La alforja en un hombro y la luz de la candela anunciando su camino, no porque la necesitara, porque conocía hasta la última piedra del camino por el cual había pasado durante setenta años.

Era milagroso, porque en una ocasión uno de sus hijos se desnucó. El contaba que la cabeza se le había pegado a la espalda, completamente desgonzada. Nor Santiago se la encajó y creció perfectamente uno de sus peores hijos, el Peje, llamado así porque cogía las cosas ajenas como boca de pez.

Nor Santiago era muy práctico en

curar vacas. Curar una vaca en San Luis de los Jaules era sacarle la placenta, porque las otras enfermedades se curaban todas con sal de cocina. En ese pueblo el sol parecía tener instintos, o reputación por lo menos, de criminal. Cuando una enfermedad se desconocía, se le achacaba al sol. Un animal triste, con la cabeza entre las patas, estaba asoliado. En San Luis de los Jaules a los animales los mataba el sol.

Nor Santiago metía su inmensa mano por los órganos genitales de la vaca y la hundía hasta el hombro; con las secundinas se traía generalmente todos los órganos de reproducción del animal, entre bramidos y sanguaza. Las partes que él creía útiles las volvía a restablecer en sus honduras y, al año siguiente, ¡oh prodigiosa naturaleza!

la vaca volvía a dar su cosecha de ternero y de leche.

En una ocasión ñor Santiago supo que uno de sus hijos quería casarse, con una sirvienta de un tal patroncito que había por su calle, la calle que llamaban Infiernillos. Ñor Santiago encontró que aquella mujer no era suficiente para su hijo, porque si ellos eran conchos, no le servían a nadie y no eran de la categoría de los sirvientes. Al subir por las tardes pasaba y decía: «Ya soltaron las perras. Ya soltaron las perras». Hasta que las muchachas, aburridas de tantos insultos, lo cogieron a pedradas y lo pusieron a orinar sangre. Pero él quedó contento, porque sus hijos se apartaron de las muchachas, porque, como ellos decían: «Ante todo está tata».

Ñor Santiago no era efectivamente

malo. Era un caso de autoridad. Se la había ganado talando montaña y matando bueyes a chuzazos, para hacerlos subir por las veredas iniciales. ¡Y pensar que ahora, cuando el tiempo secaba un poquito, se podía llegar hasta su rancho en automóvil! Pero aquello él lo había hecho, aquello era suyo. Y probablemente aquello debía en realidad ser suyo.

Seguramente sus luchas, sus desconfianzas, que a él lo habían hecho un roble, en las cópulas con su mujer — huesos vivientes que picaban leña y traían agua del fondo del cerro donde está el río—dieron aquella colección de hijos monstruos, hijos que habían de arremeter contra toda oposición, contra la más leve imposición. Debió de ser una cópula como el roce de los árboles en el pico de los cerros, unión

de gente con olor a tierra húmeda, a ramas desgajadas, al almizcle de los animales que huyen y que declaran su camino a los perros.

Qué sonrisas maliciosas las de ñor Santiago y de sus hijos al ver a unos policías de uniformes a medias, sacos de policía y pantalones de peón, raquíuticos, que se escondían detrás de las puertas cuando ellos pasaban. Qué graciosa aquella puertecilla de la cárcel, que ellos habían roto tantas veces.

Ñor Santiago, todo poder en San Luis de los Jaules, cuando se le casaba un hijo y no tenía donde meterlo, cerraba una de esas callecillas públicas llenas de charrales y allí le hacía una casucha. La calle del pueblo, la calle pública, pasaba a propiedad de ñor Santiago, los vecinos cuchicheaban por lo bajo, pero terminaban por dar

una inmensa vuelta. En verdad él manejaba y coordinaba todos los movimientos en aquella terrible calle de Infiernillos.

Había que verlo con un enorme cuchillo, tajando ramas gruesísimas, que lloraban en su base la limpieza de un solo tajo.

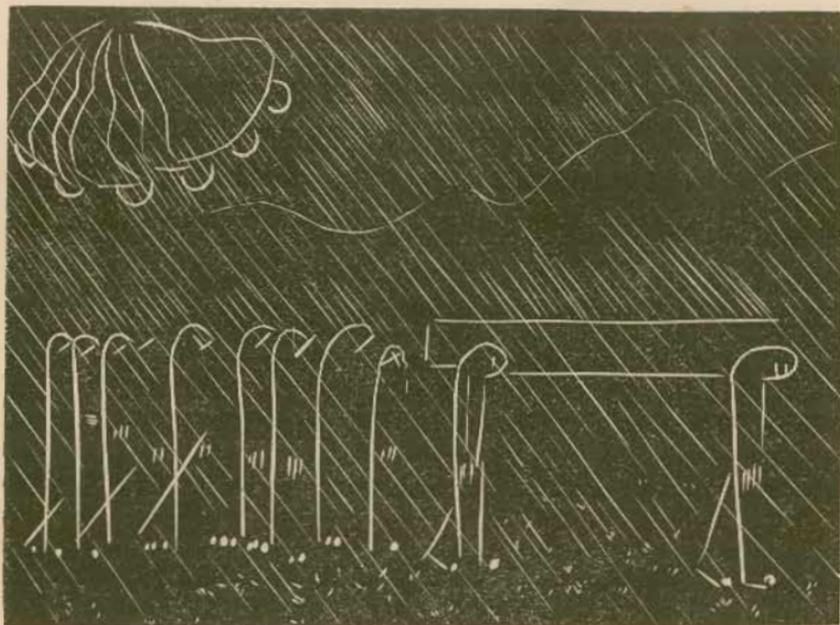
A veces gruñía con los sahinos, probablemente sintiendo que su cuchillo se convertía en la espada de un conquistador. Y se le humedecían los ojillos azules, uno más abierto que otro como se asoma el reloj en la torre, y se veía el puño, el formidable puño, sentir la mezquindad de las leyes, la opresión de los chismosos que lo molestaban con palabras, que no lo dejaban ser el señor que él sería en el reino de la fuerza completa.

Aquella callejuela a veces parecía

que empezaba a no ser suya. Ya los chiquillos no le huían al paso, los árboles dejaban pasar demasiado sol, los goterones de la lluvia ya no eran tan fuertes, ya no levantaba las carretas atascadas de un solo empujón. A él, ahora, lo limitaban unos cuilmas, unas gentes que se unían contra su fuerza, contra él que a nadie había temido en su vida, que había dominado la lluvia y la montaña.

Hubo quien vió a aquel hombre, entre el ocaso y la candileja pasar una noche del brazo de un hombre, más agobiado que ñor Santiago, porque venía de lejos, venía de la Mancha de deshacer entuertos.

El Velorio



ARRESTED

LA suegra del Chunguero, sifilítica de siempre, se hinchó de una pierna en forma terrible. Se adelgazó y todo el cuerpo se fué para la pierna. La otra se le secó completamente.

Ñor Santiago le pasaba sapos, sapos grandes con la panza fría, que se hinchaban hasta reventar al absorber la enfermedad. Pero los sapos no bastaron. Y se le pidieron sábanas al patroncito para envolver a la muerta.

Unos vecinos amantes de los velo-

rios, que celebraban el beneficio de ajustarse con la muerte, encontraban que había durado demasiado en despacharse.

Ya descansó, ya descansó, ya descansó, se repetían los vecinos.

Solamente Jacinta, la hija de la muerta, decía: Ya descansó, pero es mi mama. Y aullaba como una perra garroteada y se enfurecía cuando un hermano le decía que se había muerto porque no le pasaron suficientes sapos y que pudieron haberlo llamado a él.

Y Jacinta repetía: ¡Descansó, descansó! Pero es mi mama, mi mama, mi mama. Sólo una madre tiene uno, sólo una, sólo una madre.

El guaro empezó a cubrir la memoria de la muerta, el guaro que empaña la visión de las cosas, y se hincharon los

ojos al compás del duelo y del alma que todavía flotaba y aún sentía los vapores del alcohol.

Se inició el rezo, que se interrumpía por momentos con cánticos, en el mismo tono de las aves lloronas que llaman a las lluvias.

Allí todo era un poco muerte, porque la muerte tiene graduaciones.

El contador de cuentos levantó la voz de pito profesional, se limpió la garganta con un gran trago, y:

—Había una vez un rey. (Los velantes aguzaron el oído). Tenía un gran castillo y mucho que comer. Sobre la mesa le ponían cerditos enteros. Decían los que rodeaban al rey que la reina era mala. El rey era casado en segundas nupcias y, naturalmente, los hijos de la primera esposa no querían a la reina. Los reyes, cuando se aburren

de sus esposas las mandan a matar y les ponen otras nuevas jovencitas. Cuando una reina era mala, la dejaban muerta, muerta, es decir, que no le llevaban a los tres días un ramo de violetas que había en el palacio para resucitar con su olor a los muertos reales.

El contador se tomó otro trago y buscó dónde escupir, con relativa cultura, y se limpió unas gotas que le caían del techo al filtrarse la lluvia por las hojas de caña. Y continuó:

—Bueno, pues, no le pusieron las violetas. Supongo que ustedes sabrán que la esposa del rey se había muerto o la mataron. Por eso decían que era mala. ¡Ah! Pero una culebra, una culebra. . . Seguramente ustedes creen que las culebras son malas. Pues ahora verán. Una culebra enviada por el

Todopoderoso, que él las creó, se llevó las violetas entre los colmillos, se metió en la tumba por unas rejas que había y acercó las violetas a la reina. Cuando abrieron la puerta, porque así hacían tres días después, encontraron sólo el vestido de la reina, porque a donde el Señor se va sin ropa para que él pueda purificar. Este cuento se los he contado para que ustedes vean que lo que creen que es malo, es bueno. El rey pasaba por bueno y la buena era la culebra y ustedes creen que las culebras son cosa del infierno. Yo cuento cuentos para enseñarles. Y ahora que otro se cuente otro, aunque la verdad es que aquí nadie cuenta cuentos como yo.

Ocasionalmente se caían uno que otro pétalo de unas flores que había traído del cerco un vecino. Cada péta-



lo era el paso de un muerto familiar, que venía al velorio a dirigir el alma que se desprendía hacia nuevos caminos.

A la mañana siguiente, la llovizna caía humanamente, blanda, humilde, y un rayo de sol le dió algo de oro.

El cortejo parecía tener los pies inmensos. Las piernas parecían terriblemente fatigadas, porque mucho duele llevar lo que tanto se quiere.

Pasaron por los lugares en donde se calculó que ella había sido feliz. También por donde la habían maltratado, para que les doliera verla muerta.

Las campanadas se juntaron con la lluvia. Era un concierto de dolor y rocío. Se prendían perlas en las cabezas de las mujeres, tapadas con trapos negros.

Unas paladas de barro golpearon en los corazones.

El Billar



Surrealismo bárbaro + naturalista.

GRANDES escupitajos, como llanto de las bocas, resbalaban en las paredes, dejando adheridas las partículas de tabaco perfectamente mascadas.

Aquellos salivazos en algunas ocasiones formaban figuras fantásticas, caras de monjes y de animales que la naturaleza se empeña en producir.

Habituados del billar, vivían de explotar a los novicios de visión y de tacto.

Al albañil le decían Torta, porque

tenía la cara aplastada. Sobre la cara de torta tenía un botón de nariz, que de tanto guaro parecía de rosa tinta.

En el billar se manejaban las intrigas y se encaminaban las fuerzas. No se necesitaban conversaciones anteriores para sus fines. Se conocían demasiado.—

Ahora el asunto era fregar a Chunguero. Restarle un poco de sus rajonadas a Chunguero y vengarse un poco de ese miedo constante que le tenían.

El albañil dijo, despistando del punto principal:

—Todas mis primas son putas.

A lo que contestó el carpintero:

—Lo mismo vos, renegado, si hubieras sido mujer.

—Y vos, ¿por qué defendés a mis primas?

—Pues porque anduve detrás de

*matuu
lesmo
presenti*

Petra y nada, parecía que le habían *naturalismo*
puesto candado a la muy condenada.
Por eso me eché la enemistad de tu
mamá. Y tuve que irme del vecinda-
rio, porque me sacaba unas máscaras
pálidas por la ventana. Tu mamá me
quería decir hipócrita. Todavía en sue-
ños veo aquellos espantos riéndose de
mí. Tu mamá es tan condenada como
vos.

Torta tiró la carambola con toda se-
renidad y se ganó todo el dinero de la
mesa.

—Ya ves, condenado, por estar jo-
diendo a mi familia te jodí yo. Ahora
te digo que todas mis primas son pu-
tas. Vos sos un pendejo y yo sé por
qué te lo digo.

—Vos sí que sos jactancioso. El dia-
blo te lo va a tener en cuenta. Entre
tanto, Chunguero cerraba el paraguas,

—esos paraguas son como árboles—
y se retorció los ruedos del pantalón
que destilaban lodo.

En una esquina del billar rodaban
los dados, amarillos de dedos entaba-
cados, y se oía decir cada segundo:

—Carnes. —

—Culos. —

—Centavo por la cola.

—Paro, pinta y por si son.

—Te cagaste no más a la entrada.

—Correte, pendejo. No me alburés.

—Dame un trago.

—Pero es que vos te la bebés toda.

—Paro y pinta.

—Culos.

—Me la vas a pagar, bandido. Tirá
con mis dados, vos tenés los dados car-
gados.

—¡Ah hijueputa! Siempre el mismo
cantico.

*Billar
juegos que
no completan
esta*

—Carne, te jodistes.

Y un mar de cabos de puros, de colillas y una atmósfera de cortar.

El Torta y el carpintero se guiñaron el ojo. El Torta dijo:

—Mirá, Chunguero, por allí andan diciendo que vos le tenés miedo a Jeremar. Yo soy tu amigo, vos lo sabés, y me jode que digan eso.

Chunguero se puso rojo y agregó:

—Ese siempre me anda de juida. Ya lo he de agarrar para que no diga lo que es mentira.

Y el Torta:

—Vos sos el más valiente de aquí. No te dejés chollar. Jeremar no dice que vos seas pendejo, que va, no se atreve. Pero cuando le hablan de vos suelta una sonrisita muy jodida.

Chunguero cogió un taco de billar y lo partió en mil pedazos.

—Me las va a pagar ese condenado de Jeremar. Díganle que mañana lo voy a buscar en la noche, en su chiquero. Que se aliste, si no se muere antes de miedo.

Y se tiró bajo la lluvia bufando, con los ojos encendidos en llamas.

Torta y el carpintero se cruzaron una mirada de gran entendimiento. Se chuparon los labios y se echaron una carcajada.

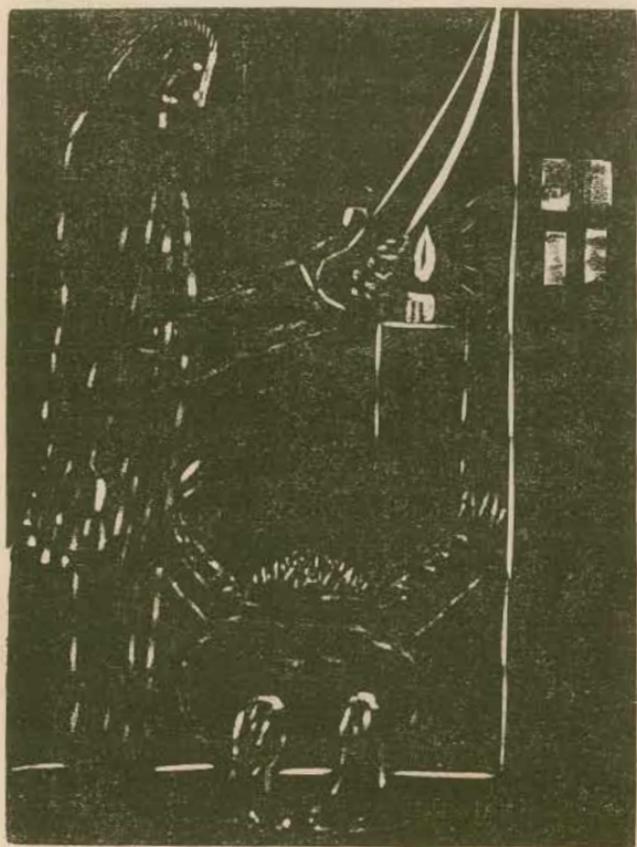
En la esquina del billar:

—Culos.

—Carne.

—¡Hijueputa!

Jeremar



¿QUIEN era aquel Jeremar a quién querían poner frente al Chunguero?

Jeremar se había alimentado de las sombras de la noche. Era de color triste, de ojos profundamente negros. Todo relato lo empezaba: «Era una noche oscura. La lluvia caía, monótonamente. Yo iba solo, como de costumbre, con el farol. Y por único compañero, este corvo». Y a veces iba donde el patroncito: «No ande solo, patronci-

to, aunque no me explico cómo podrían matar a una persona tan buena como usted. Pero esta gente es muy traicionera. A usted lo pueden matar de puro bueno, o le cortan las orejas y los rabos de sus vacas».

Jeremar jamás alteró el paso. Siempre un pie después del otro, con el mismo ritmo. Tal vez en el paso de Jeremar radicaba su gran poder. No era alto, pero parecía como si un monumento o una momia hubieran resuelto andar por las calles.

Jeremar no buscaba pleitos, pero era muy hombre. En una ocasión, después de haber servido a un tiranuelo de la América Central, Jeremar se echó muchos enemigos. Unos de éstos lo esperaron un día detrás de unos matones. Los llamaban los Patatas de Buey porque dejaban unas huellas muy profun-

das, muy de ellos. Jeremar venía como un capítulo de prehistoria por el caminito. Los Patas se echaron la guápil a la cara y dispararon los dos cañones. Le pasaron una mano y el saco verdoso. Jeremar siguió avanzando con la misma serenidad, con el mismo ritmo de estatua viviente. Ni siquiera se volvió a ver la mano. Los Patas de Buey, al ver la terrible serenidad de aquel hombre, no pudieron disparar la segunda escopeta y salieron de los matones.

A ese hombre iba a buscar Chunguero aquella noche. Lo vieron de taquilla en taquilla, de guaro en guaro, como una sombra ebria, que guardara un terrible secreto, balbuceando:

—Ese Jeremar dice que yo le tengo miedo. Ya verá ese cochino.

El Chunguero se fué al rancho a

buscar la cruceta. Los perros y los chiquillos ladraban. La mujer daba alaridos, algo así como cuando tiembla la tierra. Lo jalaban y se le colgaban de la ropa.

—Pero no te vayás. No seas ingrato. Estás borracho. Te va a matar Jeremar. Hacelo por nosotros.

—Tata, tata. . .

—Yo no soy ningún pendejo.

Los lanzó a todos de un empujón contra la cerca y chapoteando barro buscó la cuesta, al fin de la cual estaba el rancho de Jeremar.

→ El último celaje se había soplado.

Un perro faldero, hambriento, olfateó el alcohol y previno al amo.

Jeremar se asomó por una ventanilla que tenía en lo alto de la pared, que sangraba agua. Se oyó vociferar a Chunguero:

—Jeremar, pendejo, salí de allí. Vos sos el pendejo. Vos andás diciendo que yo te tengo miedo. Si tenés güevos salí, cobarde.

A la palabra cobarde, automáticamente se abrió la portezuela. La candileja reflejaba sobre el piso de tierra la figura de un hombre que sostenía un cuchillo.

El Chunguero se tiró por la puerta. Al entrar dió un tropezón y se fué de bruces. Trató de levantarse, soltó un estertor y quedó inerte.

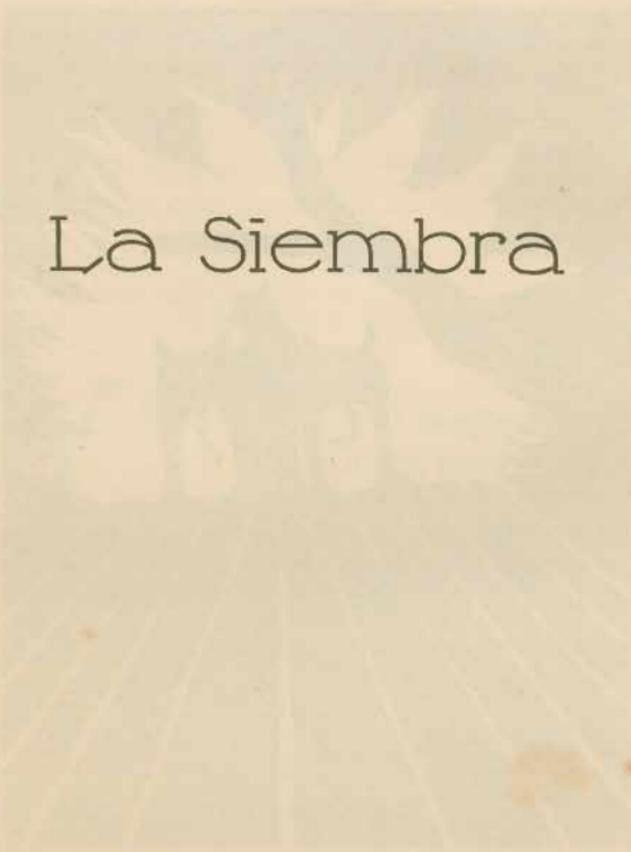
Torta y el carpintero oyeron una voz que parecía dejar caer en un precipicio las palabras:

—Le iba a cortar la cabeza.

Parecía que se había acumulado el poder de un dios en Jeremar, al cual se le rindieran los hombres con sólo levantar un brazo.

—Le iba a cortar la cabeza...

Chunguero, al oír aquellas palabras que lo aplastaban como plomo, hundía los dientes llenos de espuma en la tierra que había aplastado el paso lento, inalterable, de aquel inmenso Jere-mar.



La Siembra



YA se anunciaba la salida del sol tras la cordillera, por una aureola que el monte se había puesto sobre la cabeza.

La voz ronca del viejo le anunció al chacalín que debía ir por los bueyes.

El chiquillo se quitó los pedazos de saco con que se tapaba las ropas húmedas del día anterior y se sentó en la banca. La madre le dió un pedazo de pan huloso, con una taza de agua de dulce.

El chiquillo salió al potrero y, más

por instinto que por vista, encontró los bueyes: sombras que rumiaban los pedazos de caña de la tarde anterior.

Los tres se pusieron cuesta arriba. Marcha blanda y a medio despertar.

En el rancho, el viejo Ñor Santiago sacó el yugo. Los bueyes bajaron humildemente la cabeza y el leño, de ancho corto, les fué amarrado con las fajas de cuero crudo a la frente y los cuernos. La rodilla se pone en la frente del buey para socar las fajas.

Sobre el yugo amarraron el arado. El chiquillo llamó los bueyes y el viejo se echó al hombro medio saco de maíz.

Llegaron al terrenillo, que ya estaba medio roturado, de tal gradiente que había que llamar los bueyes con extremo cuidado, porque más de una yunta había ido a parar al río.

—Gui, buey.

Y el primitivo arado fué abriendo un surco como Dios quería. El viejo soportaba el arado en la mano izquierda y con la derecha dejaba caer los granos, como si los fuera contando. Con el pie derecho tapaba las semillas.

—Llamá derecho.

—Gui, buey.

El sol azotaba a aquellos cuatro animales. Les corría el sudor mezclado con aquella tierra pardusca y estéril.

Frecuentemente, el viejo tenía que levantar el arado para salvar las piedras, la maleza y las raíces.

A las nueve de la mañana les dieron unas cañas a los bueyes. El niño y el anciano sacaron cuatro gallos de frijoles para los dos. El anciano cogió los dos más grandes. Los humedecían con un litro de agua de dulce. Comieron lentamente, muy lentamente, co-

mo quien está seguro de que no tiene a donde encaminar el hambre restante.

El viejo dijo con tranquila satisfacción:

—A la tierra hay que enamorarla.

Y otra vez los bueyes bajaron la cabeza, con gesto de yugo, y se reanudó el monótono ir y venir.

—Jalá derecho.

—Gui, buey.

El viejo levantó la cabeza y sacó los ojos azules hacia el cielo.

—Ya va a llover.

Unos goterones casi individuales anunciaron que el cielo iba a desplomarse.

El arado empezaba a embotarse dentro del barro. El surco se hizo imposible.

Los bueyes y los hombres tomaron el caminillo, ladeando la cabeza contra la dirección en que se desprendía el cielo.

El merodeo



EL robo en el apacible pueblo de San Luis de los Jaules tenía carácter deportivo. Los habitantes de San Luis de los Jaules no podían vivir sin el robo. Aun trabajadores de buena paga, robaban por necesidad de espíritu.

Aquel pueblo amaba el peligro y entre los vecinos pobres se robaban desde la leña hasta la mujer.

Lo más acostumbrado era, cuando las milpas de algunos de los labradores tenían las matitas de dos cuartas, me-

terles vacas y bueyes para que se las comieran.

Los cerdos eran los que causaban más daños. Y cuando un vecino perdía el juicio y se decidía a matar un cerdo, los odios entre las familias del matador y de la víctima se hacían hereditarios. Y se iban encontrando asesinados, entre los caminos de barro, los dueños de las milpas y los cerdos.

—Allá te va, condenado, por el chanco que le matastes a mi abuelo.

El Chunguero, en una ocasión, dió un golpe de robo extraordinario: se fué a un pueblo vecino y puso una carnicería, que surtía durante las noches. Se venía a San Luis de los Jaules y degollaba los ganados en el mismo potrero, cargaba lo vendible y los restos los tiraba al río. El robo continuó, hasta que le pegaron un balazo de sal en

una nalga. El Chunguero pasaba renqueando, pero aunque les daban muchas ganas de reír, tenían buen cuidado de no hacerlo. Se trataba del Chunguero.

Eso sí, él no le robaba a cualquiera. Eso había que abonárselo. El les robaba a viejos avaros. Uno era un tal ñor María, que todo lo que ganaba lo enterraba y que se acostaba a las seis de la tarde para no comprar una candela. Al ñor María le robaban ganados hasta sus propios hijos y era para comer.

Ñor María en lo único que había gastado era en una carreta, para su uso personal. En la carreta se transportaba a las fincas y la había pintado de rojo, con florecillas blancas. Los bueyes eran cuidados a mano y les pasaban un trapo para sacarles lustre. El viejo, en

su carreta, pasaba como un emperador y a nadie le decía adiós. De vez en cuando daba uno que otro tumbo, se golpeaba contra los paralelos, pero inmediatamente volvía a su dignidad primitiva.

De tarde en tarde, las hijas conseguían un cabo de candela y se lo encendían a San Isidro Labrador. El viejo, al verlo ardiendo decía:

—Apaguen ese culo. No pienso morir todavía.

Era el robo evidentemente, para el noble pueblo de San Luis de los Jaules, una voluptuosidad y hasta lo hacían colectivamente. Algo así como «Tomemos un trago».

Al patroncito, en una noche, diez jauleros le robaron un motor y les partieron la cabeza a machetazos a los perros. También en una noche de llu-

via, diez jauleños más le arrancaron toda la cañería. Ellos se rieron muchísimo cuando supieron en la mañana siguiente que el patroncito, al tomar el baño, porque se bañaba, había encontrado que las llaves no manaban el líquido.

Era robo menor el no cortar la caña del cerco propio, sino la del vecino.

En tiempo de las milpas, cuando los labradores iban a coger sus mazorcas, ya se las habían llevado los Patas de Buey. De nada les valían las maldiciones, ni decir que en aquel pueblo no se podía sembrar. Los robos se continuaban exactamente cada año. Y era peor cuidar las mazorcas, porque entonces se llevaban la vida del guardián.

Había en San Luis de los Jaules dos policías que generalmente eran los principales ladrones del pueblo, porque in-

timidaban al Político y éste, asustado, les daba el honorable puesto de policias. Allí, «al ladrón las llaves» — como decía para defenderse el político — no resultaba. Robaban con o sin las llaves.

Otra de las particularidades de los jauleros era la de que no podían vivir en la luz del sol. Construían sus ranchos entre las sombras de los árboles y los charrales los rodeaban de una perpetua sombra.

El mejor método de hacer desaparecer a un vecino, era cortarle los árboles, si era posible. Al metérseles el sol en el rancho, inmediatamente se iban para otra madriguera.

Al zapatero, pocos caites y menos zapatos le compraban. Pero una noche le robaron toda su existencia y al día siguiente los deportistas andaban por

el pueblo, rechinando con un gran dolor de pies los inmensos zapatos. El zapatero, al verlos, se mordía los labios por no poder decir palabra, porque era mejor callarse que delatar al Chunquero y a sus hombres. Y era mejor perder el trabajo y el dinero que recibir garrote. Ese robo fué evidentemente deportivo, porque al día siguiente tenían los pies de patos hechos una verdadera calamidad.

Allí el robo llegó a tener perfecto aspecto de naturalidad. El hijo le robaba a la mamá y el marido a la esposa. El asunto era robar. A lo mejor, la vaca del patroncito amanecía en la casa del frente y, cuando él reclamaba, ponían testigos falsos y hasta el mismo patroncito terminaba por creer que la vaca no era suya.

Cuando alguno tenía contrabando

de guaro, el amigo lo delataba. Y cuando llevaban al contrabandista amarrado por rebelde, el delator se asomaba por las rendijas del rancho y sentía un gran gusto. Luego iba donde el delator a compadecerlo y le decía:

—Me gustaría saber quién fué el cochino que te delató para joderle el alma.

Era un juego, cuando alguno iba montado en una carreta, tirarle una soga a algún pordiosero, andrajoso, de saco al hombro con desechos de comida, y arrastrarlo un rato por el barro, pegado el mecate a la carreta, y soltar una carcajada. Eso ni se comentaba. Era pecadillo pasajero. 7

Con el Mosco



PETRA, Tina y Dulcerina vivían en el mismo rancho del Mosco, al lado de Quebrada Honda. Se llegaba por un trillo resbaloso. Entre un cañaveral de cañas bravas estaba el ranchillo.

En una esquina, el fogón con dos ollas. Una inútil, desfondada; en la otra se calentaban el caldo, los chayotes, los zapallos, las mazorcas de maíz tierno, que daban la sopa; a la verdura se le daba el nombre de olla. La cafetera

soplaba agua de dulce y se inquietaba por levantar la tapa.

En la esquina opuesta al rancho, había un camón para el Mosco y las tres hermanas, además de los chiquillos que eran bastantes. Petra tenía solamente una hija ✓

✓ Petra era rebelde.

Por esa forma de vida se escandalizó el pueblo; el Mosco vivía con las tres hermanas. Ante las quejas del pueblo, el Político se jaló al Mosco a la Jefatura.

Dijo el jefe:

—Mosco, das mal ejemplo. Tenés que quedarte con una sola y casarte con ella.

—Quédese usted con las tres, si le da la gana. A mí me tienen aburrido.

—Pero de aquí no salís.

El Mosco, en aquella ocasión como

en otras, salió de la cárcel porque las tres hermanas le lloraron al Político y le dijeron que el Mosco era buenísimo y que era un peón magnífico. Y el Mosco volvió a la casa a aumentar la prole.

En el rancho, la Petra le dijo a la Tina:

—Mirá, vos siempre estás con panza. Ya me está fregando mucho eso con el Mosco.

Y la Tina:

—Vos sí que sos mujer mala. Vos tenés sólo a Graciela porque enterraste a las otras chiquillas, aquí mismo en el rancho. De noche me parece ver que los huesitos salen dando brincos. Hasta me da miedo estar aquí y estar pasando por encima de los pobrecitos. Vos decías que nacían muertos, pero es mentira. Bien que lloraban. Y

vos los ahogabas. Para que lo supieran el Político y el señor Cura.

—Callate, mal hablada, mentirosa. Vos sos una desbocada.

—Pues escarbemos.

—Vos me la vas a pagar. Vos no seguís así con el Mosco. Sólo vos y vos. Ya ni a Dulcerina le hace caso. Vos le has echado maleficio.

El Mosco era un peón magnífico, una especie de bestia que volcaba montaña. Y cuando había acumulado unos realitos iba a bebérselos en guaro. Pero era buen compañero, porque se los bebía con las tres.

El Mosco se aficionaba cada vez más a Tina y, ya borracho, decía: «Vos sos la mejor».

Petra, en un ataque de rabia, se subió la enagua, se peló la panza y gritó:

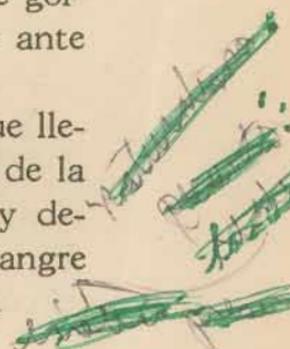
—Sólo te gusta Tina. Ve cómo me

tenés, bandido. Sólo te gusta Tina y por suerte que Dulcerina está como muerta. Me la vas a pagar.

El Mosco no hizo caso y siguió prodi-gándose con Tina. Tenían que escon-derse en el cañaverál por miedo a Pe-tra.

La Petra no resistió más. Llamó a su chiquilla, a su hija Graciela. Se la llevó lejos, donde no pudieran oír sus gritos; de un empujón la tiró al sue-lo, le abrió las piernecillas flacas y cos-trosas y le hundió un cuchillo. Y aleccionó bien a la chiquilla, dándole gol-pes, sobre lo que tenía que decir ante el Político.

El pueblo seguía a la Petra, que lle-vaba a la hijita casi arrastrando de la mano, con el bracito retorcido y de-jando en el camino gotas de sangre que caían del sexo herido.



Tina la hermana de Petra, gritaba:

—Es mentira, es mentira, yo conozco bien a esta condenada de mi hermana.

En la jefatura, Petra le dijo a la chiquilla:

—Hablá, hablá, contale al Político lo que te hizo el Mosco.

Y la chiquilla:

—El Mosco me persiguió. Yo salí corriendo y corriendo río abajo, hasta que me cayó encima, me arrancó la enagua y me abrió durísimo las piernas. Estaba como loco de borracho.

El Político se tapó la cara y dijo:

—Cállese, cállese, no diga más.

Y la Tina:

—Es mentira, es mentira, esa es una sinvergüenza. (Y se jalaba el pelo). Eso se lo hizo esa canalla de Petra con el cuchillo de raspar dulce. Si no, vaya

véalo y lo verá junto a la tapa. Ni le lavó la sangre.

El Político llamó al médico del pueblo. Este dictaminó: «Herida con arma cortante». Y se fué del pueblo, aterrado:

La gente parecía despertar y ñor Santiago gritó:

—Apedriemos a esa perra.

La arrebataron de las manos del Político y los dos policías fueron inútiles. La Petra salió huyendo, sosteniéndose la panza, dando alaridos, cayendo sobre el barro. Las pedradas le llovían, hasta que llegó al caminillo del rancho, casi sin sentido. Allí estaba el Mosco, pálido, furibundo, con un gran cuchillo en la mano, gritando:

—Al que se atreva a acercarse lo mato, como mato a los perros cuando escasea la comida en el monte. Cochinos, ¿no ven que es una mujer, no ven que

está sola? Pendejos, no ven que es mía...
Las tres son mías.

El pueblo adivinó el poder de la furia de aquel volcador de cedros y jaulas, curtido entre el lodo y la lluvia, que sabía aguantar el hambre días y días, y que se bebía el guaro por litros, como agua.

Por eso se hizo la paz en el noble pueblo de San Luis de los Jaules.

Y el Mosco:

—Lo que has hecho, Petra. Si a vos también te quiero. Ahora estate quedita.

La Petra daba alaridos. Se tapaba la cara, en un rincón del camión y decía:

—¡Mi hija, mi hija, mi muchachita!

—Tomate un trago.

Durante mucho tiempo se comentó aquello y mucho se habló en el billar, donde los asistentes no oyen el arrullo monótono de la lluvia.

La escuelita





EN el fondo, el río. Cantando y poniéndose azahares contra cada piedra.

Los jaules dejan caer gotas de rocío sobre las amables tejas de barro, cubiertas de la ~~ma~~ navideña. A trechos, ojos blancos de humedad. En el alero, los hongos abren sus sombrillas hacia los jaules que los libran del sol.

Los helechos van desarrollando lentamente sus hojas centrales, que todavía son signos de interrogación. Alimento que sabe a montaña.



Aquella madrugada ya los pájaros habían abandonado las vigas del corredor, sorprendidos por un sol no usado.

Una guarda, en la horqueta de un árbol muerto, sentía cruzar los rayos por el divino color de sus pétalos.

Los niños fueron llegando de hermanitos, de la mano. Algunos eran dueños de un pequeño caballo y se transportaban de tres en tres, con una seriedad de santos de Semana Santa. Con unas alforjas y, dentro, un libro, un cuaderno, frijoles y tortillas. En ocasiones, agua de dulce teñida con café de maíz.

Aquella mañana, el profesor... El señor profesor era tuerto de los ojos. Nunca se supo hacia qué lado fijaba la mirada.

Tenía una cama y un fogón en la esquina de la escuelita. El guaro le

mejoraba en algunas ocasiones su condición de monotonía. Entonces los ojos se le perdían totalmente.

Años, años de estudio para blanquear aquel pizarrón gris, todos los días con los mismos trazos iniciales.

En su diario de clases se leía: «Estos niños no progresan. Algunos vienen con horas de viaje y para almorzar sacan una simple tortilla. Yo tengo que darles de mis frijoles, pero no me alcanzan para todos. Además, los niños molestan a las niñas. Siempre repito y repito y nada aprenden. Si me quejo a los padres, no encuentro apoyo y hasta me calumnian con cuentos feos porque quiero que sus hijos aprendan. La gente de aquí como que no es muy buena. Era mejor la de Corralillo. Más comprensiva. Los niños en el recreo no juegan. Se entretienen en matar a los

pájaros y en romperme los siembros. Los letreros que tengo en la escuela, que no maten a los pájaros, que nada les han hecho, que para algo los creó Dios, no sirven de nada, no los entienden. ¡Parece que necesitaran matar!».

Aquella mañana... La campana del maestro sonó débilmente, sin la alegría de aquel sol raras veces visto. Casi no usó las palabras paternas:

—Mis hijitos, no hagan eso, eso es muy feo, muy mal hecho. Hoy no me van a romper las florcitas. Tengo que regarlas todos los días. Hoy usted, Chuzo, no va a pellizcar a María. Ustedes sí que son buenos, hijitos.

Aquella mañana se le llenó el tablero de barro de olla más que de costumbre. También en la frente le pegaron un cerbatanazo, proyectiles de barro

lanzados por cañas cortas de higuera-
lla.

¿Qué le sucedía a aquel pobre hom-
bre aquella mañana, que le costaba
tanto soltar el ma y el me? ¿Por qué
llamó a Juancito como si fuera Licho?

Los gamonales, señores de la Junta
de Educación, los hombres severos de
San Luis de los Jaules, andaban aque-
lla mañana donde el señor Ministro, na-
da menos que donde el señor Minis-
tro.

El señor Ministro era una buena per-
sona, amante de oír directamente las
quejas de sus subalternos. El señor Mi-
nistro decía:

—A mí, nada de jerarquía ni nece-
dades de esas. Yo quiero oír directa-
mente las necesidades de mi pueblo.

Los de la Junta abandonaron las ye-
guas. Eran una yegua y dos caballos,

pero en San Luis de los Jaules los rucos inferiores se llamaban yeguas, no obstante las violentas manifestaciones del sexo. Desmontaron y se limpiaron el barro de los pantalones con agua del caño. Y escalaron los peldaños que conducían al despacho del Ministro, con paso de barriales.

El señor Ministro no los hizo esperar y les dijo:

—Hablen, hablen con confianza, yo soy amigo de ustedes.

—Pues hablá vos.

—Pues vea usted, señor Ministro, nosotros venimos a quejarnos del señor profesor de San Luis de los Jaules.

—A ver, a ver, ¿qué les pasa? Tan bueno que ha sido siempre Nicomedes, tan devoto de la enseñanza.

—Pues vea usted, señor Ministro, ha inventado dar linterna mágica por

las noches, vistas en colores, que él dice que son muy instructivas.

—Bueno, yo no veo nada malo en eso.

—Ah... pues sí. Es que dijo que los niños fueran acompañados de las mamás y nosotros las dejamos ir porque estamos muy cansados para andar por allí de noche. Y lo malo es que él hace de las suyas después de la linterna, hasta que se queda encerrado con una mujer. Y lo de las vistas instructivas no es todo. Pone otras, como postales, y las figuras con poca ropa.

Aquel cedro de la Junta, de pronto, se mordió los Tábios, se le humedecieron los ojos y cambió de color. Había que agregar algo. El compañero le dijo con energía:

—Andá, contá todo. ¡Para eso un

viaje tan largo? No seas pendejo, si a cualquiera le pasa...

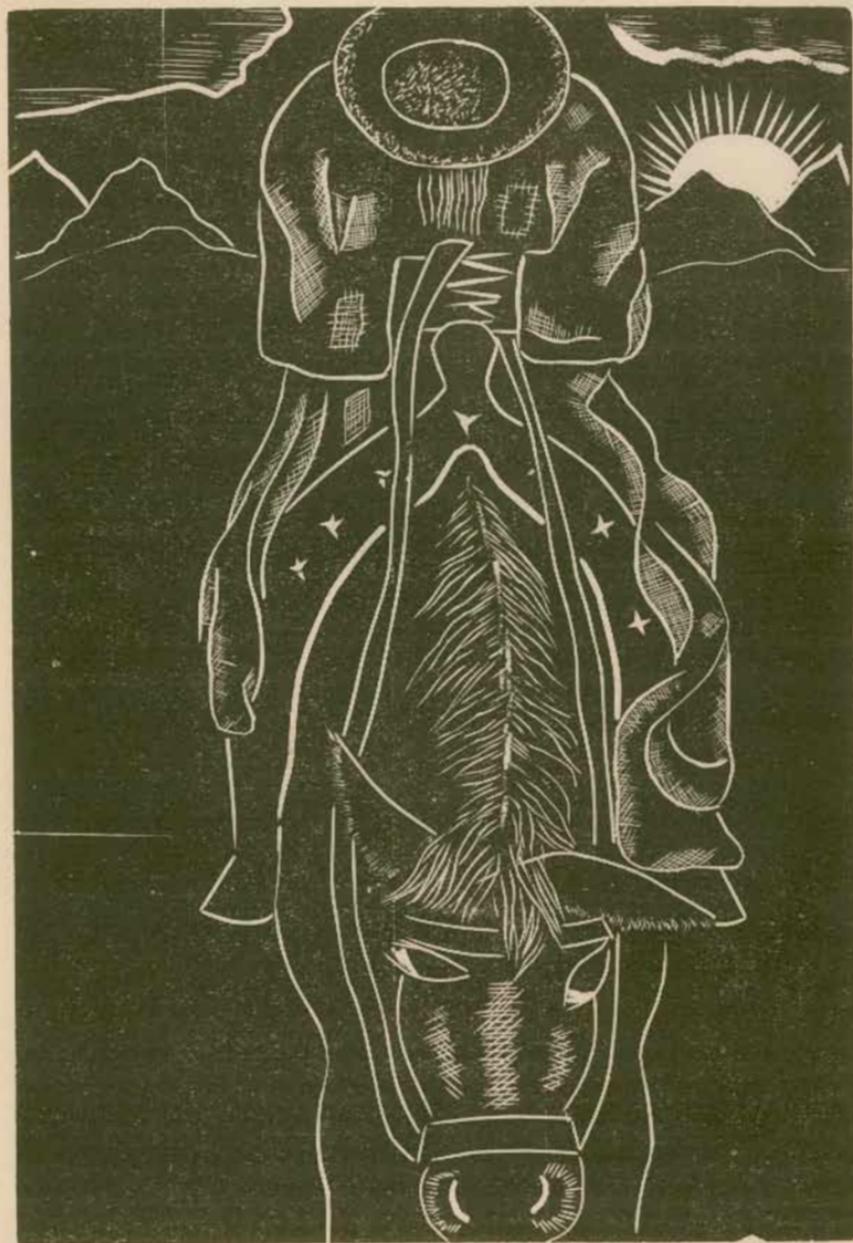
—Pues la verdad, señor Ministro... Pues la verdad, si no fuera él el maestro, a estas horas no contaría el cuento. Pues la verdad es que una noche se quedó con mi propia mujer.

El señor Ministro se sonrió cariñosamente y los hombres volvieron a sus yeguas con una nota del señor Ministro, que llevaban envuelta en papel de periódico:

«Amigo don Nicomedes: No vuelva usted a dar *Linterna Mágica* en San Luis de los Jaules».

ironía
presente

El cura



EN el billar. El Torta:
—Qué condenillo el Ministro.
Les respondió a los de la Junta que todos los hombres necesitan mujeres. Dicen que eso es lo que se llama un Ministro comprensivo. Se debía venir para acá de Político.

Y el carpintero:

—Callate vos, sinvergüenza. Siempre bocón. Qué sabés vos lo que dijo el Ministro. Seguro ni lo vieron. ¿Vos no sabés que los Ministros son muy importantes? Mirá, pasa un hombre

por la calle y te dice adiós con la mano. Pues después lo hacen Ministro porque jugó a la política el muy condenado y entonces ya no vuelve a saber ni quién sos vos y te quedás con el saludo para vos solo. Vos no sabés que los Ministros tienen muchos cepillos.

—Sí—dijo el Torta—pero, ¿por qué paró lo de la linterna mágica? Ya yo pensaba apuntarme.

—Dejate de idioteces y tirá, que hoy tenés que darme la revancha. Vos crees que me jodo todo el día para que me ganés la plata...

—¿A que vos no sabés lo de la hija de Patricio el carnicero?

—Otra historia tuya, bandido.

—Pues, mirá, dicen que llega a la sacristía como a las tres y media de la madrugada y, figurate, va para la

misa de cinco, haciéndose la muy santita.

—Ah, sí, vos tenés razón. A mí hace tiempo me está jodiendo ese cura. Es como el otro, que tuvimos que hacer salir corriendo. Y si no que lo diga Serafincillo que ya casi puede contar quién es su tata.

El pastor del pueblo de San Luis de los Jaules era santo. Santo. Se había ganado la santidad en la lluvia y el barro. El sol le había amontañado la cara y la sotana. La sotana era como un mapa del mundo, como su alma, remendada de sufrir vejámenes, de saltar barriales para llevarles los santos óleos a los moribundos. Casi todas las confesiones del pueblo empezaban:

«Padre, tatica, es usted el que tiene que perdonarme. Yo le he robado maíz y leña. Yo dije que usted se entendía

con Adina. Perdóneme, padrecito, yo no quiero irme al infierno. Usted es tan bueno, yo tan malo. . . »

El santo sacerdote volvía con nuevo jirón en la sotana, de color de árboles medio secos. Los parches nuevos, de negro nuevo, le habían convertido en una tierra de completa labranza.

El santo sacerdote ya no hablaba. A fuerza de entenderse con bestias, como decía él, tiraba las palabras, de tarde en tarde uno que otro «Satanás», como el de la mañana del Viernes Santo, desde luego, para armonizar a su estimable grey.

El santo sacerdote tenía un pecadillo, si es que aquello se podía llamar pecadillo. No fué que él se hubiera ido por su gusto, o huyendo, de San Miguel. Fué que el señor Obispo lo mandó cambiar, porque en San Miguel ha-

bía una imagen muy vieja del santo del mismo nombre, y el señor cura la sustituyó por una nueva. Y desde entonces, todo fueron dificultades para el padre y en una ocasión, estando en la sacristía conversando y tomando vino con sus amigos Remigio y Severo, se quedó viendo el sacerdote la imagen vieja de San Miguel. Y de pronto, no pudiendo contener más sus sufrimientos, con una ira santa, se levantó del asiento y de un bofetón la derribó por el suelo: «Maldito viejo San Miguel. Por vos sí que me han pasado vainas en este pueblo, por esa tu posturita. ¡Qué vas a ser vos milagroso!». Severo, que no don Remigio, circuló el cuento. Y no fué posible reconstruir la imagen.

En San Luis de los Jaules lo apodaban el Padre Pantalones, por el ges-

to aquel de levantar la sotana. Por aquel «Yo también soy hombre, cobardes», y les enseñaba el pantalón, de mejor color que la sotana, pero más remendado. Parecía que aquellos pantalones habían crecido con el crecimiento del santo sacerdote.

A San Luis de los Jaules le resultaba deportivo cambiar de cura y lo torturaban hasta que tenía que salir huyendo. Ya éste se había quedado demasiado. Había resistido mucho. La resistencia, indudablemente, la debía a aquel su gesto de levantarse la sotana, a la unión del poder divino con el del hombre.

El Chunguero terció en la conversación:

—Hay que joder al padre.

—Vos, que le tenés miedo a Jeremar,

¿vas a joder al padre? No me hagás reír.

—Pues yo lo jodo.

—Yo tengo allí—dijo el carpintero—un tarro de pintura verde. Si vos sos tan hombre le pintás el caballo al cura.

Los tres se pusieron en camino. La luna era una uña y el zacate había cristalizado la última llovizna.

Pasaron por detrás de la Casa Cural. Allí no había perro. Era la casa de todos. De paso le abrieron la puerta a la pajarera, en la que el sacerdote todos los días ponía personalmente el guineo y el agua. Los pájaros salieron con sus alas sonámbulas.

El carpintero abrió el tarro de pintura verde lora y el Chunguero le dió una mano completa. El rucio no se

movió, porque usaba moverse muy poco.

El santo sacerdote oyó un ligero ruido. Luego grandes carcajadas y pasos rápidos sobre el zacate. No se apuró. Pidió a Dios con su voz profunda que los amparara. Ya él nada tenía que perder entre los mortales. Entonces se entregó al sueño y subió por la escala que construyó Jacob para los que duermen al abrigo del Señor.

Al día siguiente, después de la misa, llegó corriendo un chiquillo con el barro hasta la cara:

—Padre, padre, padrecito, que se muere mama, que le lleve el viático.

El santo sacerdote fué a ensillar la yegua. No dió muestras de sorpresa. Sólo dijo que lo malo era que se le pegaría el mantillón.

La vieja le dijo:

—Padrecito, ¿cómo va a montar así?
¡Ay Dios, misericordia!

—Jesús montó en un pollino para entrar en Jerusalem.

Montó el caballo verde, le dió la campanilla al chiquillo y le dijo:

—Sonala duro, bien duro.

Unos decían que el santo padre se había vuelto loco, de tanto sufrir. Otros sintieron que, por primera vez en su vida, la sangre quería salirseles de la cara. Hubo quien se hincó y pidió perdón al paso de aquel Santo del Caballo Verde.

Y dejó de ser el Padre Pantalones, porque fué tanta la dignidad del santo sacerdote, que parecía que cabalgaba sobre una montaña verde.

Desde entonces, en San Luis de los Jaules la última clemencia y el Santísimo se transportan en un caballo verde.

El palmitero



ENHIESTAS, de tronco delgado, con su plumón verde, a manera de penacho sobre el casco de los robles y los cedros.

La tala de montaña, en algunas ocasiones ha respetado los palmitos, y sobre los picos de los montes, cuando la neblina se sopla, con gesto de revivirle la vista a un ciego, la palma del palmito cobra todo el sentido de juntarse con Dios, y de mezclarse con las fantasmagorías de las nubes, nacarradas de la muerte del sol.

La neblina de nuevo invade el paisaje, y el palmito se arropa en su eterna compañera.

Esas palmas son las que persigue el palmitero, solamente para lograr su cogollo.

Hay que ver el alarido, al desgarre de cada palmera de esas, al caer en la montaña sobre sus hermanos de toda una vida. Hay que ver cómo se hunde en la tierra húmeda cada palma víctima, tal vez buscando sepultura, honorable sepultura en la tierra negra que amablemente le ha dado su alimento año tras año.

Es profunda, es de azul negro, es voz desgarradora, de tronco astillado en dolor, la caída de una agilísima palmera que se sale sobre todos sus compañeros a tomar la neblina, la lluvia y el sol.

El palmitero comienza su carrera, cargándose al costal unos diez palmitos, medio metro de la única parte blanda de la palma. Aquella carga fajada a la cabeza, el pantalón arrollado para que el barro no le aumente el peso, viene a una venta raquitísima, para las gentes de paladar delicado, venta que se aumenta en la cuaresma, carne de palmas, que ha de sustituir entre los fieles, la de las bestias.

El palmitero en algunas ocasiones mejora su negocio, y una yegua aumenta el atavío. La yegua es de cara lánguida, y gesto de cabeza baja, que mete entre las piernas con movimiento de péndulo, de subir y bajar cuestas, y patas traseras arqueadas, de sostenerse en las maneas y resbaladeros de los barro de los caminillos.

Peje no era un palmitero por convic-

ción, ni amor a las crueísimas marchas, muchas veces contó él la causa por la cual era palmitero. Se cuentan las cosas repetidas veces, a gentes aún sin contacto sobre lo que nos acontece, probablemente para descargar en otros, las ideas que nos aplastan, como buscando un caminante más fuerte que nos ayude a llevar la carga.

El Peje, en una ocasión venía del monte, de dejar unas vacas, de un patrón de lechería, él estaba joven y el camino era muy largo. Ya de vuelta, cuando el sol se mezquinaba, bajo una lluvia torrencial, se encontró un compañero también a caballo, que andaba desordenadamente, como si el caballo estuviera sin guía. La noche se fué hundiéndose dentro de sí misma, y Peje habló al indistinto viajero:

—Eh amigo, cómo se ha pasado

de guaro, el compañero no contestó. Bueno, pues, si no le da la gana no hable, pero por lo menos tome las riendas.

Peje le cogió las manos, y oh pavor! las manos eran de muerto, se le aguzó la vista como sucede con el miedo, y vió claro, muy claro, el cadáver de un hombre; venía amarrado a la montura, los ojos entreabiertos a la muerte, Peje vió la muerte, mucho más muerte en las sombras oscuras, cuando los árboles en el camino se tocan por sus ramas, cuando no llueve porque el cielo está llorando.

Peje espoleó su caballo, pero el otro lo seguía. De nada valió ya en el pueblo, cuando Peje ya era otro hombre, que le dijeran que se sosegara, que era un hombre que se había muerto en el monte y que como no tenían como

traerlo lo habían amarrado a la yegua y que los acompañantes se habían quedado en una taquilla bebiendo guaro, y que como el caballo conocía el camino siguió su paso.

Todo inútil, en Peje se había grabado profundamente aquella yegua de la muerte, no dormía y se le saltaron los ojos como sucede exactamente con las gentes que ven cosas que no ven los otros. ¡Allí, allí, allí está! y los otros no veían nada.

Contrajo el hábito de huir, de mudarse de lugar, y ningún oficio como el del palmitero, andar y andar...

A veces se llevaba a la familia, improvisaba ranchos en el monte, y por meses no se volvía a saber de Peje, hasta que el recuerdo lo azuzaba de nuevo, y emprendía el camino de vuelta.

Vendía su carga de palmitos, se com-

praba víveres, y otra vez se internaba en la montaña como quien mete su alma en un túnel en busca del olvido.

Peje no era ladrón por naturaleza, se había acostumbrado a tomar las cosas dentro de la libertad de las soledades de la montaña. Antes de hacer aquel viaje con el muerto no robaba con la sinceridad que el pez abre la boca para tomar su alimento. Antes él era Ezequiel, hijo de ñor Santiago. De nada le valió el poder casi divino de su tata, que le decía con todo el empeño paternal:

—No huyas si vos no has hecho nada malo, lo del muerto ya pasó, yo soy tu tata y si yo te digo que no veo nada es porque no veo nada.

—No me diga, tata, más me dice y más veo el muerto a caballo, esos carajos del pueblo empiezan a preguntar-

me que si todavía lo veo, y más lo veo, hasta que tengo que salir de huída.

Peje de ojos saltones, barbado y cada día más flaco, no inquietaba en sus perdidas, porque ñor Santiago decía:

—Ese es como perro de pobre, se pierde, pero vuelve cuando se le olvida la garrotiada.

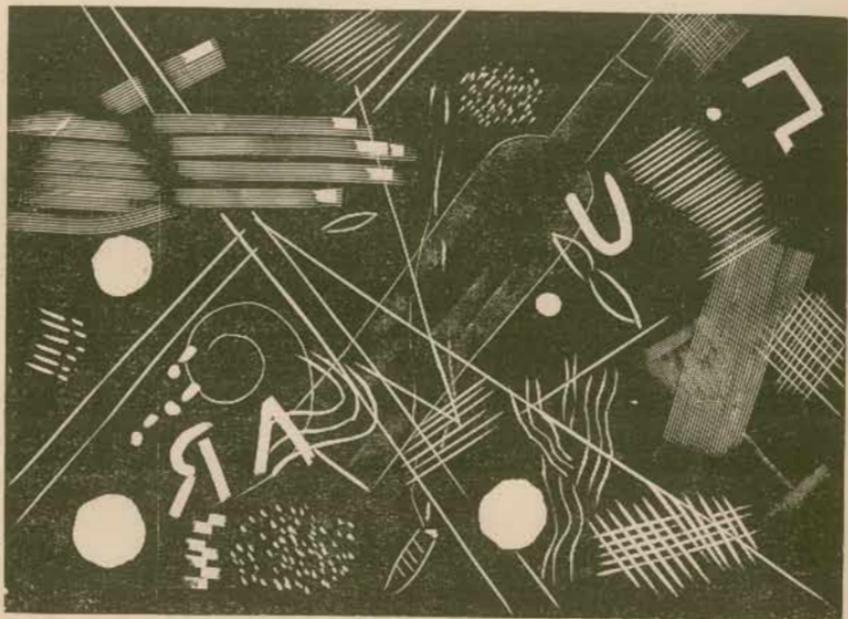
Peje cada vez alargaba más sus estancias en la montaña, el mecatillo de la cintura ya le daba dos vueltas de aguantar hambre. Se hospeda en ranchos de palmiteros, junto a la malla del monte, palmiteros que nunca se supo cuando habían desaparecido, desbarancados con un terraplén de tierra, yegua y palmitero iban a parar a las profundidades del riachuelo.

Peje, cada vez se integraba más al perpetuo caer de la lluvia, al barro,

con los ojos ya como anillos asombrados, con las barbas de los predicadores, comiendo corazón de palmas y bebiendo el llanto de los peñones de un solo ojo.

Peje no murió, ñor Santiago, el tata, lo esperaba siempre, Peje fué desapareciendo dentro de los brazos del monte. Como el rastro del vuelo de las pajuilas azules...

En el billar



UN jugador de carambolas:
—El hombre más guapo de
este pueblo es Chunguero.

Y Torta dijo:

—A sí, que condenillo.

Y Chunguero:

—¿Pues cual es el gran carajo que
se sale conmigo?

El carpintero:

—No fregues Chunguero, nosotros
somos tus amigos, no seas jodido.

Torta:

—Pero tenemos que decirte las co-

sas, Chepe el de la pulpería, dice que tu mujer está loca por él, y que se acuesta con ella cuando le da la gana. Yo sé que Chica es muy buena, pero a ese condenillo le debías dar una buena sopapiada.

—Que va—dijo el carpintero—Chepe es muy pendejo, no es hombre para Chunguero.

Chunguero bramó:

—Pobre el hijueputa que se meta con mi familia, una cosa es conmigo y otra con ellos.

Un gamonal del pueblo, ñor Sánchez aficionado a la cuecha y al guarito, medido, les dijo:

—Muchachos, se les está pasando la mano.

Torta agregó:

—No joda viejo pendejo, porque va-

mos a dejar que Chepe diga que la mujer de Chunguero está loca por él.

Chunguero:

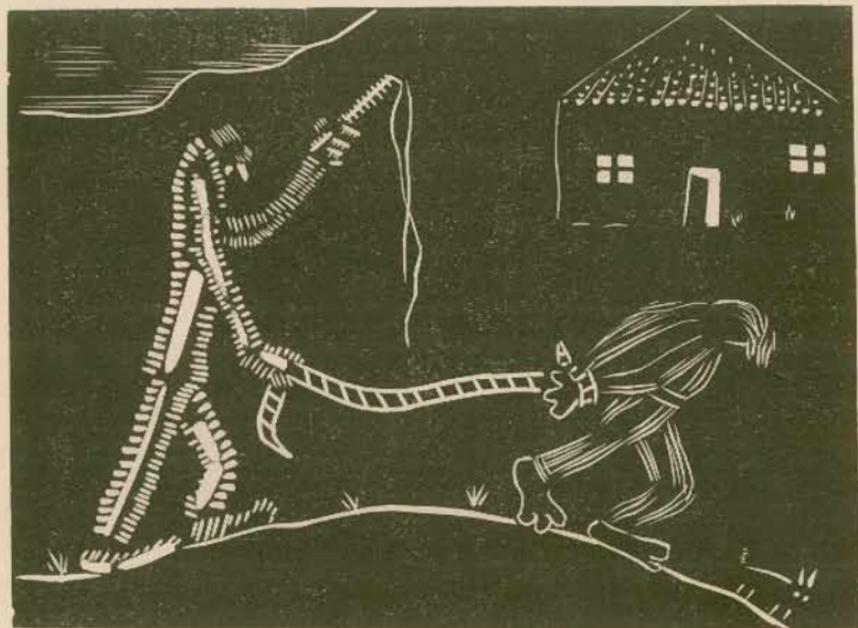
—Todos Uds. son unos hijos de puta.

Cuando ya iba furibundamente lejos el carpintero y Torta dijeron:

—Vamos a ver cuál es el chanco.

Los días se sucedieron, y solamente se veía cuando iba para el rancho, que Chunguero volteaba la cabeza gacha, como queriendo meterla dentro de la pulpería de Chepe.

Ñor Santiago
policía



EL Político conversó con dos policías, y convinieron dado el mal comportamiento del pueblo, nombrar policía a ñor Santiago.

El Político lo mandó llamar. Ñor Santiago le contestó al Político que viniera él, porque él no había dado motivo para ir a la Jefatura.

El Político se descolgó hasta donde ñor Santiago y le dijo:

—Queremos que vos seas policía, a vos te tienen miedo.

—No puedo aceptar porque conmi-

go es en serio, yo no soy como esos cursiados que tenés de policías en la Jefatura.

—Pues acepta a ver que es la bulla.

Ñor Santiago se consiguió un saco azul de un policía retirado. Botón de por media era de militar, la gran cruceta al cinto. No, decía, para mí, revólver no, a estos cobardes los domino yo con sólo la cruceta.

Y sucedió que el domingo Chepe no abrió la pulpería, los vecinos sospecharon de algún daño. Botaron la puerta, y se encontraron a Chepe con 20 balines tigreros pegados en la cara. Las tejas en dirección de la cama, levantadas. Por la parte fuera una escalerilla y una escopeta de doble cañón disparada.

—~~Esta~~ escopeta es del herrero—dijo un chacalín.

Los policías habían llegado, y ñor Santiago se fué adonde el herrero, y él le dijo que él le había prestado la escopeta a Chunguero.

Ñor Santiago se fué al rancho y se encontró a Chunguero durmiendo.

—Eh! vos vení conmigo.

—Pero tata ¿para qué? Yo no he hecho nada.

—Vení conmigo, la ley es la ley.

—Pero tata, si Ud. es mi tata, cómo me va a llevar.

—Sí pero soy policía, vení conmigo, antes de que te cueste caro.

—Pues no voy.

Los vecinos vieron bajar a Chunguero, amarradas las manos a la espalda. Ñor Santiago llevaba el cabo del mecate en la mano izquierda, en la derecha empuñaba la cruceta.

—Camina cochino, vos crees que por

que sos hijo mío podes hacer cuanta carajada te dé la gana. Y le metía con toda alma cinchazos.

Chunguero sangraba:

—Sí, ya voy tata, acuérdesese de que Ud. es mi tata, no me pegue más.

Lo pusieron frente al muerto para que le diera pánico y le decían:

—Ve lo que hicistes bandido, matar a un hombre por el techo, mientras duerme, cochino, así no se matan los hombres, confesá, confesá.

Chunguero no se inmutó lo más mínimo.

—Tata, tata, este jodido, le dijo a Torta, que él se acostaba cuando quería con Chica, mi mujer, pero yo no lo maté, a Ud. tata, no le gustaría que dijeran que mama, era una puta, y que se acostaba con cualquiera. Además ese rifle no es mío, es del herrero.

Nor Santiago palideció profundamente, le temblaban mucho los carrillos pegados a las mandíbulas. Se fué y trajo a puro rejo al herrero, se lo entregó al policía y le dijo:

—Este es el bandido que mató a Chepe, de él es la guapil. Para qué dijeron que Chica la de Chunguero era una puta.

Se arrancó la placa y con la cruceta se la tiró a la cara al Político.

—Allí tienen, so cuilmas, cochinos, Uds. lo que querían era joderme con mi hijo, pero se jodieron Uds.

Dos sombras, caminillo arriba, al rancho, bajo una lluvia ladeada. Una de las sombras parecía levantar un brazo de felino y pasarlo por el cachorro adolorido.

Tal vez un lagrimón, un enorme lagrimón, comprimido de años, rodó con la lluvia.



El turno.



¡O H, chancha más ignorante!
La protesta de ña Ramona se debía a que la chancha sólo se le apuntaba a las mazorcas de maíz y rechazaba el arroz y los frijoles sobrantes. La chancha debía estar en su plenitud de gordura para la cena del sábado y para el turno del domingo. La chancha se convertiría en lechona.

Ña Ramona, después de su protesta levantó la cabeza como excusándose con Dios, pero no vió que la inmensa

montaña de azul de luto, se había puesto plumones blancos sobre la cabeza. En su mitad otras nubes reposaban con gesto de pájaros alargados, que un mandato divino los hubiera dejado en una actitud fija de vuelo.

Ña Ramona no vió como los árboles parecían peregrinos hacia una crucifixión, los árboles de las cimas sobre las cuales el hacha del talador, salta rechazada por las fuerzas de los siglos. Bajo ellos acampan los ganados y el monte se torna pasionario.

Las varas del Jaul fueron dejando sus cortezas en el camino, al ser arrastradas por las yuntas, y frente al templo, se fueron levantando con su color rojizo de savia convertida en sangre.

Las tablas para los costados formaban los más fantásticos mapas, gra-

bados en los troncos de tantas lunas y de tantas estrellas.

El sábado, temprano, las ladroneras empezaron a dar su rueda a los dados: más siete, siete completo, y menos siete.

Las gentes acudían con los dieces al oír la observación del fiel tahur de la iglesia que decía:

—A ver señores a los sietes, el que no pierde gana, tanté su suerte.

La chancha de ña Ramona se ofrendaba en batea comprimida en tortillas con repollo picado.

El guaro destilado en las orillas de las quebradas fué exaltando el valor personal, olvidado a ratos en las labores del campo.

Por allí llegó Gordiano, hombre pequeño, raja panzas, Gordiano llamaba a su cuchillo corto el espadín, y

mostraba saltando en círculo, su eficiencia y su manera de defensa.

Ya el templo, siempre a medio construir, había dado las campanadas vesperales.

—Carajo—andaba diciendo Chunguero—yo soy el hombre más valiente de este pueblo, aquí no hay carajo que me aguante.

Se hizo la noche completa, los faroles sentían las gotas de una llovizna de caricia. Y entre las construcciones del turno, se paseaban los hombres con paso de barrial incierto. Las muchachas lanzaban carcajaditas tapándose la boca, con las toallas negras, al ver al mozo apetecido, así como se entien- de en San Luis de los Jaules, los pá- jaros que comen las frutillas rojas. El mocetón se subía el pantalón y se apre- taba la faja y bamboleaba los hombros.

—Nadie le pega a Chunguero, nadie le pega... Aquello iba siendo ya demasiado, en San Luis de los Jaules, mucho poder, mucha insolencia, mucho rebajar a los otros, demasiado Chunguero.

En un ángulo de la plaza, rodeada por las sombras fantásticas de los árboles que se hacen señas por las noches, Torta, el Carpintero y Gordiano conversaban con grandes gestos y con paso de gato montés se fueron acercando a las cenas.

—¡Hola Chunguero! ✓

—¿Qué haces allí?

—Vení, tirate un traguito con nosotros.

Chunguero con paso de buey manso se fué con los tres. Y trago, y trago, y pasame la botella.

Torta dijo:

—Gordiano es el hombre más hombre del Yas, y tal vez de aquí también.

—Mierda, aquí no hay hombre más valiente que yo, que Chunguero.

—Venite—dijo el Carpintero—vamos para la callecilla allí hablamos, nosotros somos tus amigos.

En la callecilla le dijo el Torta tirándoles el sombrero lleno de huecos y empapado al suelo.

—Dice Gordiano que vos sos un cuilmas.

—Hijos de puta Uds. quieren joderme.

El hombrecillo, Gordiano, empezó a dar vueltas con el espadín. En el centro, Chunguero que ya había sacado el corvo, daba vueltas como bestia idiota buscando a Gordiano.

El hombrecillo daba saltos diabólicos, y decía con una voz chillona:

—Ah! conque vos sos el más valiente.

—Acercate choyao, no des tantas vueltas.

Chunguero parecía un perro que se estuviera buscando el rabo.

De un salto, Gordiano le dió un terrible cintarazo en la espalda y saltó a tres metros con las piernas abiertas, piernas de acero de salvar troncos y bejucos en las encrucijadas.

Chunguero no pudo más, soltó espuma con maldiciones, y se tiró sobre Gordiano.

Gordiano esquivó el golpe, se le puso a la espalda y le clavó el espadín de filo en la cabeza, como en el tronco *— Simil* de la palma del palmito.

Llegaron a los gritos los policías. Lo llevaron moribundo a la Jefatura.

Se apagó en llanto una estrella. *metáfora*

Chunguero se desangraba. ¡Para qué los trapos!

Las palabras le caían untadas de sangre.

—Torta, mal amigo, me jodistes vos, no peleas, ya nos encontraremos al otro lado, allá te espero cobarde...

Un vendaval... la lluvia arreciando, se oyó un jaul partirse y venir a tierra con un profundo crujido.

El alba, tímidamente por la ventanilla, acompañada de alaridos que van al cielo, subiendo por los montes, empapándose en la perpetua lluvia.

No había perros, ya no era la hora del alarido del coyote, el perro maldito, los aullidos eran de la mujer y los hijos de Chunguero.

*fristles
Sanctus
talosim*

FIN

Índice

	<u>Págs.</u>
X ✓ 2.500 metros	9 -
✓ El Sol	17 -
X ✓ El Jaulas	27 -
X ✓ Mañana del Viernes Santo	37 -
✓ Nor Santiago	45 -
X ✓ El Velorio	55 -
✓ El Billar	63 -
✓ Jeremar	71 -
✓ La Siembra	79 -
✓ El mierodeo	85 -
✓ Con el Mosco	95 -
X ✓ La "escuelita"	105 -
X ✓ El cura	115 -
X ✓ El palmitero	127 -
✓ En el billar	139 -
✓ Nor Santiago policía	145 -
✓ El turno	153 -

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR
EN LOS TALLERES GRÁFI-
COS DE LA EDITORIAL NAS-
CIMENTO DE SANTIAGO DE
CHILE, EL TREINTA DE SEP-
TIEMBRE DE MIL NOVE-
CIENTOS TREINTA Y SIETE